

III Domingo Tiempo Ordinario

Nehemías 8, 2-4a. 5-6. 8-10; 1 Corintios 12, 12-30; Lucas 1, 14; 49 14-21

« El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista »

27 Enero 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« La unidad sólo se puede construir desde la humildad, aceptando nuestra misión concreta y respetando la misión de todos los demás miembros del mismo cuerpo »

No se puede amar sin sufrir, no cabe un amor en el que no haya sacrificio. Aunque el corazón, a veces, desea otra cosa. El otro día leía algunas reflexiones de María Jesús Álava Reyes en su libro *«Amar sin sufrir»*. Es cierto que lo primero que me llamó la atención es el título del libro. Pensaba, ¿a quién no le gustaría amar sin sufrir? Pero, ¿es posible? Seguramente muchos se sentirían atraídos por ese título tan sugerente. La autora se preguntaba: *« ¿Por qué nos hace sufrir tanto el amor?, ¿por qué se acaba?, ¿es tan difícil llevarnos bien, pasadas las primeras fases de la relación? Las respuestas son muchas, pero lo cierto es que cuando el amor empieza a fallar nos sentimos solos y no sabemos qué podemos esperar de nuestra pareja porque, en realidad, desconocemos cómo es de verdad, cómo siente, en qué nos parecemos, en qué nos diferenciamos, qué nos aleja, qué nos acerca, qué nos une, qué nos separa »*. Sin duda son preguntas verdaderas que muchos se hacen. Preguntas que nos confrontan con nuestra forma de vivir y de amar, con la calidad de nuestras relaciones, con nuestra capacidad o incapacidad para cuidar el amor. Y su reflexión pretendía, como muchos hoy intentan, eliminar el sufrimiento innecesario. Al fin y al cabo es el deseo de todo corazón. Nadie quiere sufrir en vano, sufrir por nada. El sufrimiento nos entristece, nos duele y nos hace pensar que nada funciona bien. Sufrir nos llena de pesimismo y nos puede desalentar para la vida, todo se vuelve gris. Aunque es cierto que muchos de nuestros sufrimientos son evitables. Sufrimos por cosas que no han ocurrido y por posibles desgracias que nunca llegan a ocurrir, salvo en nuestro cerebro que funciona a toda prisa. Nos llenamos de rabia por malos entendidos y suposiciones que, con frecuencia, no son reales. Sufrimos al ver frustradas nuestras expectativas poco realistas. Sufrimos cuando no nos aceptamos ni aceptamos a los que Dios pone en el camino. Hay sufrimientos evitables. Eso es sí se puede evitar cuando cambiamos la forma de pensar y enfrentar las dificultades. Viviríamos con más paz si fuéramos más realistas y no le exigiéramos a la vida lo que no nos puede dar; si no nos dejáramos llevar tanto por la fantasía y aplicáramos algo de realismo a las expectativas. **Pero no podemos exigirnos vivir sin sufrimientos. Eso es imposible.**

No obstante, la pregunta continúa resonando en el alma: ¿Es posible amar sin sufrimiento? Me resulta difícil imaginar un amor en el que no haya una cierta cuota de sufrimiento. El que ama siempre sufre. Sufre porque el amor implica renuncia y sacrificio, dejar de lado los propios deseos y poner en el centro la felicidad de la persona amada. El amor nos exige poner al otro por delante de nuestros propios intereses. Es cierto que el que no ama sufre menos, y pasa por la vida con pasos ligeros, de puntillas, sobrevolando la tierra. Sin embargo, ¡qué pobreza la del que no ama! Cuando nada entrego, sufro menos, pero crezco menos, soy menos persona. El alma se va secando cuando no ama y se hace más grande y rica cuando más da. Cuando me reservo para no sufrir, vivo con más tranquilidad, escondido en mi propio mundo, seguro, pero sin un sentido. A veces queremos vivir guardando la vida. Decía el Obispo de Digne en la obra *«Los Miserables»*:

«No estoy, ni vivo en el mundo, para guardar mi vida, sino para guardar las almas»¹. El que se entrega por amor salva su vida. Es verdad que la pierde, pero, al mismo tiempo, la salva. Se dona y gana a cambio la felicidad más plena, la plenitud en su vida. Eso sí, con sufrimiento. El P. Kentenich decía: «*Es verdadero amor el que no dice "es bastante". La medida del amor es sin medida*»². Un amor sin medida implica sufrimiento, pero merece siempre la pena. ¿Acaso está reñida la felicidad con el sufrimiento? No, son perfectamente compatibles. Son parte de una misma forma de vivir y de entender lo que Dios nos pide. San Francisco de Sales señalaba la importancia de las pequeñas virtudes en el amor: «*A mí me gustan estas tres virtudes insignificantes: la sencillez de vida, la pobreza del espíritu y la dulzura del corazón*». Así es el amor que sabe sufrir. El amor que se entrega con sencillez. **Sin perder esa dulzura que hace grande el amor, lo hace más humano. Siempre desde la humildad.**

¿Cómo es posible vivir un amor así? Para el hombre no es posible, pero sí para Dios. Nos olvidamos a veces de una gran verdad para todo cristiano: no vencemos por nuestra fuerza, sino por la gracia de Dios. Hemos sido ungidos por un mismo Espíritu. Este Espíritu nos transforma y nos capacita para la vida. Es el Espíritu del amor y de la verdad. Es el Espíritu que imploramos cada día en oración. En el silencio de nuestra vida de oración nos confrontamos con Cristo, con su Palabra que nos hiere en lo más profundo. Como escuchamos en el salmo: «*Tus palabras, Señor, son espíritu y vida. La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. La voluntad del Señor es pura y eternamente estable; Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, roca mía, Redentor mío*». Sal 18, 8. 9. 10. 15. El Señor es nuestra roca y su presencia en el alma nos pacifica. En el Libro «*El peregrino ruso*» leemos: «*La oración de Jesús interior y constante es la invocación continua e ininterrumpida del nombre de Jesús con los labios, el corazón y la inteligencia, en el sentimiento de su presencia, en todo lugar y en todo tiempo, aun durante el sueño. Esa oración se expresa por estas palabras: - ¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!*»³. Es el deseo del alma, que Dios nos habite. Queremos dejar llenar por su **presencia y que su paz inunde el corazón. Queremos vivir en Él, cada día, cada hora.**

Nos hemos unido estos días a la Semana de oración de la Iglesia por la Unidad de los cristianos, bajo el lema: «*¿Qué exige el Señor de nosotros?*». El amor construye la unidad. Ésa es la exigencia del Evangelio, unir amando. El Espíritu Santo nos une como un solo cuerpo. Somos miembros de un mismo cuerpo, miembros de un solo Cristo. Lo malo es que el hombre mismo vive dividido y por eso se olvida de unir. Queriendo acentuar la propia originalidad, el propio valor, acaba separando y rompiendo. Vive de espaldas al Espíritu Santo. Decía San Pablo: «*Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo. Así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu*». Nos cuesta mucho aceptar las diferencias. Nos creemos en posesión de la verdad más absoluta y creemos que lo que hacemos y aportamos es lo más importante. Nos atribuimos el derecho de juzgar, colocándonos por encima de los hombres, desde nuestra atalaya. Escaneamos con rapidez a los que son distintos, rechazamos lo que nos incomoda y juzgamos con acritud en el corazón. Y nos olvidamos entonces de algo fundamental: nos necesitamos los unos a los otros: «*El cuerpo tiene muchos miembros, no uno solo. Si el pie dijera: - No soy mano, luego no formo parte del cuerpo, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿cómo oiría? Si el cuerpo entero fuera oído, ¿cómo olería? Pues bien, Dios distribuyó el cuerpo y cada uno de los miembros como él quiso. Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Los miembros son muchos, es verdad, pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: - No te*

¹ Víctor Hugo, “Los miserables”, 16.18

² J. Kentenich, “Cartas del Carmelo”, 1942

³ El peregrino Ruso, 19

*necesito; y la cabeza no puede decir a los pies: - No os necesito. Más aún, los miembros que parecen más débiles son más necesarios. Los que nos parecen despreciables, los apreciamos más. Los menos decentes, los tratamos con más decoro. Dios organizó los miembros del cuerpo dando mayor honor a los que menos valían. Así, no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros. Cuando un miembro sufre, todos sufren con él; cuando un miembro es honrado, todos se felicitan. Sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro». Somos parte de un mismo cuerpo. Nos complementamos los unos con los otros. Esa unidad es un don que hay que pedir. Porque la división se manifiesta en la familia, en las relaciones sociales, en la misma Iglesia. Miramos a María, porque Ella, implorando el Espíritu Santo con nosotros, protege la unidad de los cristianos. La miramos a Ella, porque fue humilde, porque en su sencillez nos capacita para construir la unidad. **En María pedimos el don de la unidad.***

Todos tenemos misiones distintas en el mismo cuerpo de la Iglesia: *«Dios os ha distribuido en la Iglesia: en el primer puesto los apóstoles, en el segundo los profetas, en el tercero los maestros, después vienen los milagros, luego el don de curar, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?» 1 Corintios 12, 12-30. La unidad se construye a partir de la diversidad. Decía Benedicto XVI: «Cada uno de vosotros es valioso en el gran mosaico de la evangelización». El respeto y la aceptación son fundamentales para construir la unidad. ¡Cuántas veces dividimos por culpa de nuestro orgullo! ¡Cuántas veces nos dejamos llevar por nuestro ansia de valer! Hace falta ser muy humildes para contribuir a la unidad. Pero es necesario aceptar el lugar y el papel que nos toca vivir. Decía San Francisco de Sales: «Dios mandó a las plantas producir su fruto, cada una según su especie. El mismo mandamiento dirige a los cristianos, que son plantas vivas de su Iglesia, para que produzcan frutos de devoción, cada una según su estado y condición». Tenemos que encontrar nuestro lugar sin compararnos, alegres por la misión que tenemos. Sólo es posible con una actitud humilde, desde la pobreza del corazón. Miramos a Cristo humilde. En «La Imitación de Cristo» de Tomas de Kempis se describe la actitud del corazón humilde: «No basta el mundo entero para hacer ensoberbecer a quien la verdad hizo que se humillara, ni la alabanza de todos los hombres juntos hará vacilar a quien puso toda su confianza en Dios. Porque los mismos que alaban son nada, y pasarán con el sonido de sus palabras. En cambio, la fidelidad del Señor dura por siempre». La unidad sólo se puede construir desde la humildad, aceptando nuestra misión concreta **y respetando la misión de todos los demás miembros del mismo cuerpo.***

Jesús llega a su pueblo natal, Nazaret. Entra en la sinagoga y lee las escrituras: *«En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura». Todo el pueblo esperaba escuchar a aquel que era ya conocido por los milagros que hacía en otros lugares. Nos recuerda lo que Esdras hacía delante del pueblo: «En aquellos días, el sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asamblea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Desde el amanecer hasta el mediodía, estuvo leyendo el libro a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda la gente seguía con atención la lectura de la Ley. Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo y, cuando lo abrió, toda la gente se puso en pie. Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió: - Amén, amén. Después se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra». El pueblo escucha con respeto a Esdras y también escucha así a Jesús. Escucha la palabra de Dios que se hace vida. Escucha esas palabras que son capaces de transformar el corazón. Nuestra vida consiste en saber leer en el libro de la vida e interpretar correctamente los deseos de Dios. Decía el P. Kentenich: «Mientras más sobrenaturalmente tomemos las cosas incomprensibles, tanto más cristianos seremos»⁴. Escuchamos la palabra de Dios para saber su querer. Leemos en el libro **de la vida para entender sus más leves deseos, e interpretar las cruces desde el amor.***

⁴ J. Kentenich, “Cartas del Carmelo”, 1942

Las palabras de la misión de Jesús quedan claras al leer a Isaías: *«Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: - El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor. Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles: - Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír».* Lucas 1, 14; 49 14-21. La misión se hace vida en Jesús por obra del Espíritu. Como comenta San Beda: *«Usa de la virtud del Espíritu Santo como propia virtud. Convenía que se manifestase y brillase el misterio de su encarnación entre aquellos que eran de la sangre de Israel. Por eso sigue: - Y su fama se extendió».* Esdras también explica el contenido del libro sagrado en la fuerza del Espíritu: *«Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de forma que comprendieron la lectura. Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo decían al pueblo entero: - Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: No hagáis duelo ni lloréis. Porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley. Y añadieron: - Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza».* Nehemías 8, 2-4a. 5-6. 8-10. El anuncio es el mismo: estamos ante un día sagrado. La **promesa de plenitud del Señor se hace vida en Cristo y hoy en su Iglesia. Allí vive Cristo.**

En la misión de Jesús vemos nuestra propia misión. Dios nos llama a todos a ser sus instrumentos. Decía el P. Kentenich: *«Ciertamente recibir una gran misión de Dios es un acto de confianza alegre, pero también una llamada, una obligación constante a morir mística o realmente. Vale también para todos los que han sido llamados con nosotros. Tal vocación no sólo es un agrado, sino también una carga divina. Así debe ser. Nunca debe sentirse más feliz el elegido que cuando las leyes de Dios comienzan a ser realidad en él»*⁵. Nunca tendremos más paz que cuando comprendamos que lo que estamos haciendo es lo que Dios nos pide. Es la misma labor que describía con sencillez San Francisco de Sales: *«Visitar a los enfermos, servir a los pobres, consolar a los afligidos y, todo ello, sin darle importancia y haciéndolo en plena libertad».* Queremos ser reflejo de Cristo. Llevar su esperanza a muchos corazones. Felices por poder servir. No debe haber nada peor que sentirnos en el paro en el Reino de Cristo, pero allí nunca hay paro. No podemos pensar que ya estamos jubilados porque nada valemos. Para Cristo somos imprescindibles, no hay jubilación en su Reino. Esta reflexión contrasta con las palabras del ministro japonés de Finanzas, que declaró que las personas mayores debían *«darse prisa y morir»*, para aliviar los gastos del Estado en su atención médica. Declaraciones alarmantes en una sociedad en la que el 25% de la población tiene más de 60 años. Y añadió: *«Se ven obligados a vivir cuando quieren morir. Yo me despertaría sintiéndome mal si sé que el tratamiento está pagado por el Gobierno».* ¡Qué pena cuando esta forma de pensar es más común de lo que pensamos en el hombre de hoy! Hay personas consideradas inútiles y otras útiles, personas que nos aportan y personas que nos lastran. Muchas veces vivimos esquivando lastres y aprovechándonos de los útiles. Cargar con otros, aunque nos hayan dado la vida, es duro y, por lo tanto, mejor no gravar la existencia con ello. No se entiende el sacrificio por amor. Creo que ésta es una de nuestras mayores misiones en esta vida. Hacer comprender al hombre la importancia del amor sacrificado. Todas las vidas merecen la pena. **Porque para Dios todos somos imprescindibles.**

La primera misión que hoy señala Cristo supone anunciar el Evangelio a los pobres, a los más miserables. A aquellos cuya situación describía la película *«Los miserables»*: *«Otro día se va, otro día te espera. El dolor no tiene voz, nadie escucha al niño que llora. Pero aún sigues en pie, ¿para qué?».* Hay mucha desesperanza, mucho dolor y desánimo a nuestro alrededor. Es como si la vida no tuviera sentido. El obispo de Digne decía en esta obra a los que le escuchaban: *«No preguntéis su nombre a quien os pide asilo. Precisamente quien más necesidad tiene de asilo es el que tiene más dificultad en decir su nombre. No temáis nunca ni a los ladrones ni*

⁵ J. Kentenich, "Cartas del Carmelo", 1942

a los asesinos. Ésos son los peligros exteriores, los pequeños peligros. Temámonos a nosotros mismos. Las preocupaciones son los ladrones. Los vicios, los asesinos. Los grandes peligros existen dentro de nosotros. Pensemos con preferencia en lo que amenaza a nuestra alma»⁶. La buena noticia es anunciada a los que más la necesitan. Un cambio en las relaciones, una nueva forma de vivir sin temor, un amor diferente que cambia el mundo y nos libera. Como decía San Alberto Hurtado: «*La fe nos hace ver que cada gota cuenta, que el bien es contagioso, que la verdad triunfa*». La entrega a los demás, nuestra vida derramada, merece la pena. Aunque el fruto no lo veamos. Sabemos, no obstante, que el bien es contagioso. Por el contrario, el mal nos envenena el alma y mata la esperanza. Nuestra misión es anunciar una buena nueva en un mundo que sólo escucha desgracias. Decía Jean Vanier: «*No miremos los titulares de la prensa que constantemente anuncian catástrofes, sino escuchemos a los hombres y mujeres que, a través de las pequeñas cosas, las pequeñas reconciliaciones de cada día, siembran la paz*». Son señales de Cristo en el mundo. **Son las buenas noticias que no son anunciadas nunca.**

El segundo gran campo de nuestra misión: anunciar a los cautivos la libertad. Vivimos en un mundo de esclavos que se creen libres. Pero, en el fondo, el hombre vive esclavo de las expectativas del mundo, del sistema creado. Reaccionamos de acuerdo a lo que es políticamente correcto. Dependemos de la aprobación de nuestro entorno, para no desentonar, para no caer fuera del reconocimiento y el afecto. ¡Cuánta esclavitud queriendo ser todos libres! Decía el P. Kentenich, cuando perdió su libertad física en 1942, al ser enviado al campo de concentración de Dachau: «*Así lo hago yo también: nadie me quita la libertad, yo la doy libremente, esto es, porque yo lo quiero así, más exactamente, porque así lo desea Dios. Y mi alimento y mi tarea predilecta es hacer la voluntad de aquél que me ha enviado*»⁷. En el fondo del alma estamos encadenados, pero queremos ser libres. La vida nos sujeta para que no escapemos. No tomamos decisiones libres y no nos mantenemos en libertad ante los hombres. La verdadera libertad nos ata a Dios. Cuando le obedecemos a Él nos hacemos libres. Cuando nos alejamos de sus deseos, nos atamos al mundo. Decía una persona: «*Una de mis mayores cruces, la ira, creo que siempre está ligada al no cumplimiento de mis planes, cuando no se cumplen las cosas previstas en mí o en los demás. O sea, cuando los demás no hacen lo que nosotros queremos. Dios tiene escrito nuestro plan y debe estar lleno de tachaduras, porque nos desviamos de él tan a menudo*». La ira se manifiesta contra ese **Dios que no cumple nuestros deseos, ese Dios que nos frustra al no realizar nuestros planes.**

La tercera misión que hoy meditamos nos exige devolver la vista a los ciegos. Como decía Jean Vanier: «*La paz llegará cuando todos nos veamos en el otro y sobre todo veamos en aquellos que son diferentes lo que es bello, bueno y verdadero*». La paz volverá al corazón cuando seamos capaces de ver con los ojos de Dios. Cuando nos asombremos ante la belleza escondida y nos alegren los gestos de amor en el corazón del hombre. Sin embargo, con frecuencia vivimos sin luz. Una persona, después de pasar por una enfermedad difícil, me confesaba: «*Desde entonces camino con una bolsa de oscuridad en el alma. Veo amenazas por todas partes, como si camináramos inseguros sobre un campo de minas. ¿Qué va a ocurrir ahora?*». No sé bien cómo hacer que esa bolsa de oscuridad sea más pequeña. No sé cómo lograr que la seguridad venza la inseguridad del alma que se confía. Muchas veces me faltan palabras y respuestas. Quizás no las tengo, aunque me gustaría. Sólo sé que la luz vence la noche, y el sol acaba con la oscuridad. Sé que el amor es más fuerte que el odio, aunque se nos olvida. Y entiendo que, en medio de la oscuridad, anhelamos aunque sólo sea una pequeña luz que venza el dolor. Tal vez la falta de luz se vence sembrando esperanza, señalando con el dedo las estrellas, abrazando los silencios de la tarde, cuando faltan respuestas. Tal vez es lo único que nos pide Dios. Permanecer con nuestra luz encendida al pie de la cruz. Sin imponer nuestra luz. Sin querer que acabe con toda la oscuridad de los hombres. **Con el realismo de nuestra vida abierta al mundo; que es fecunda porque está atada a Cristo.**

⁶ Víctor Hugo, “Los miserables”, 16.18

⁷ J. Kentenich, “Cartas del Carmelo”, 1942